



AGUA DE AZAR

JORGE F. HERNÁNDEZ

La muerte de un México

Cada vez que violan a una menor de edad en un barranco de nopales y cada madrugada en la que más de una docena de jóvenes sueñen de duermela la posibilidad de cruzar la frontera en busca de vida y cada vez que el pesadísimo recuerdo de un ayer se derrama sobre la ajada mejilla de un anciano con los ojos ya clareados por su glaucoma y cada vez que la bisabuela habla semidespierta de sus cuentas pendientes y cada vez que una pequeña niña llega a casa culpable porque en el aula la acusan de falta de solidaridad revolucionaria y cada vez que repiten en pantallas táctiles la nefanda imagen del dictador Nicolás Maduro felicitándose por la reforma judicial aprobada a ciegas y a fuerzas en México y en esa misma pantalla desfilan los ojos desorbitados de un cocaínómano y pederasta, la seria sonrisa rumiante de un violador guerrerense, la obesidad mórbida del engreimiento, la inmensa estulticia de tanto inepto, la soberbia regocijada de tanto abuso y cada vez que se deambula por cualquier calle, callejón o avenida de cualesquiera de las ciudades, villas o pueblos de un vasto territorio contenido inexplicablemente entre dos inmensos océanos en el centro mismo del planeta sabiendo que nadie o ninguno sabe nada de nada o no

entiende que no entiende o simula concentrarse en plegarias o supersticiones cíclicas y cada vez que una tertulia de grandes chismes asegura que va a temblar porque se pone rojo el cielo y cada vez que se reúnen en el viejo café los antiguos combatientes de las ideas para confirmar amnesias y cada vez que se van deshojando poco a poco las mentiras y mentiritas de la Esperanza con mayúscula y cada vez que el Supremo Elegido tenga que mitigar con falsa humildad el orgullo de su nepotismo, las cuentas pendientes, las tres grandes obras inútiles, el tren inexistente y el trenecito de la selva y la refinería sin actividad y los renglones torcidos del bienestar y el mar de uniformes verde olivo y las cuentas por pagar y los contratos multimillonarios y la ofensiva contra la oligarquía al tiempo que chocolatea con el hombre más rico del mundo en el palacio donde habita con el fantasma de Juárez que ha traicionado casi a diario y cada vez que le duela que no pudo tomarse la foto en familia con sus hijitos en el Zócalo por razones de lesa humanidad y cada vez que se proponga reinventarse como escritor con la limitadísima y mediocre garantía de autopublicarse en lo que queda del Fondo de Cultura Económica y cada vez que los pocos amaneceres oficiales que le quedan en la vajilla porfiriana de su palacio sólo le re-

cuerdan que su destino no es más que un rancho al que llaman La Chingada... cada una de esas veces se muere uno de los muchos Méxicos, que llegó a ser república y que ahora inaugura la larga espera de otra resurrección. —